

CUANDO SE QUIERE SER BUENA



ANA María poseía el doble atractivo de ser culta y bonita, lo que no es corriente en la generalidad de las mujeres.

Yo he conocido mujeres listísimas con gafas a lo Harold, y hembras de vaya usted con Dios, que no sabían sumar más que por los dedos, y eso despacito. La heroína de nuestro cuento, de alguna manera hemos de titular esta breve narración, llegó a la estación de Atocha sin ser acompañada de nadie. Acababa de facturar el baúl, y asía con la diestra un maletín nada lujoso. No tenía de quién despedirse en ese Madrid tan espacioso y comunicativo. Serena, apacible, con la agilidad de su edad juvenil, se instaló en un departamento de segunda. Se asomó después a la ventanilla y se atusó gentilmente un pequeño rizo que intentaba jugar con sus pestañas morenas. Algunos viajeros, con el pié en el estribo, la miraban con desearo y deseo. Al lado, una madre se deshacía en un mar de lágrimas, estrechando a un joven militar que, emocionado, intentaba ser fuerte... pero antes de partir el tren, lloró también.

Ana María se impresionó hondamente con la escena próxima; sentía acongojado su espíritu, quebrantada la entereza de su indiferentismo. Era sola y huérfana; hubiera querido también sentir sobre sus mejillas el fuego de unas lágrimas como aquellas.

Después de esos ruidos ensordecedores, que agobian y atolondran, sinfonía endiablada de rugidos pavorosos, la máquina extendió su rizosa cabellera cana, sobre el negro lomo de su corpachón y salió al campo. El viaje era largo; había que atravesar media España: los jardines de Aranjuez, la Mancha de Alonso de Quijano, los viñedos de Valdepeñas, Despeñaperros, la Corte de los Abderramanes, la sierra de Ronda, los praderíos de reses bravas, hasta dar con el mar, ese mar que tienta el alma de los aventureros y llena de ensueños y felicidad a los de tierra adentro.

Con Ana María viajaban otros señores de aspecto diverso y de indumentaria variada; aquel de la gorra se le tomara por viajante; este otro, afeitado, por repleto burgués, y el que se reclinaba junto a la ven-

CUENTO

tanilla, como con muestras de cansancio, denotaba en sus maneras empleado de la casa pública. Siempre, la compañía de una mujer, por callada que ésta sea, alegra la pesadez de un viaje. Es como



la tacita de flores sobre la mesa pobre de trabajo. Embellece.

El que parecía como ricachón, charló de los campos, de los tributos y de la política, a su buen saber y entender, pero sin apasionamiento alguno. Mostraba propósitos de soltar la lengua, pero sin controversia, sin réplica acalorada.

De progreso y actividad—el viajante, castellano viejo por su fiel expresión—. El comercio había llegado a ser una profesión noble en la paz... Los transportes, caros y malos, entorpecían la competencia nacional... carecemos de un buen Código de Comercio que castigue severamente los fraudes de mala fe... la ambición de los malos comerciantes...

El empleado, de más de cincuenta años, echó la culpa de todo a los gobiernos. Pagaban mal a sus empleados y las oficinas eran los mismos cuchitriles del año 60... Usted va a pagar a Hacienda y sufre usted un verdadero «vía crucis» de preguntas, ventanillas, esperas, desatenciones, incomodidad... Menos rutinas y más americanismo.

La viajera, como sin darse cuenta, no perdía palabra de los temas sacados al tapete por sus compañeros de departamento, que fumaban y fumaban en franca cama-

radería de viaje, dispuestos a pasar lo mejor posible los centenares de kilómetros que restaban para llegar a sus respectivos puntos de destino.

Se marcaba como una deliberada intención de no provocar la menor reticencia ni descortesía para con aquella mujer, sola y bonita.

Los tres, instintivamente, se compenetraron desde que subieron al vagón, que viajaban con una señorita.

¿Y sola, una señorita? El silencio observado por ésta les acuciaba su curiosidad. No hablar una mujer. El joven viajante,

que de cuando en cuando disparaba la metralla de sus grandes ojos sobre el plácido rostro de la linda callada, no logró con sus veladas insinuaciones más que los demás. Ya picado de tal retraimiento, hasta se excedió en el panegirico exaltado de las mujeres españolas en las distintas regiones... Pero fracasó en el intento... ¿Sería extranjera?

Más arriba de San Roque... paró el tren. Ana María tenía dispuesto ordenadamente su equipaje, y con donaire echó su cuerpo fuera de la ventanilla. ¿La esperarían?

—Señora maestra..., señora maestra— iba gritando un zagalón a lo largo del tren, deteniéndose a las puertas que se abrían chillonamente.

—Señores, buen viaje; esa «señora» maestra que buscan, soy yo.

Y descendió al estribo del coche, con una fría serenidad que desconcertó a todos.

Lomaflorida era el tercer pueblecito que en su hoja de servicio contaba Ana María. Era pequeño y limpio, con muchas flores, mucho cielo azul y mucho angel en la labia de aquellas gentes. La escuela, una monada, anchos ventanales, bien aseada y hasta un patinillo con tiestos y surtidor. Como ella anhelaba, como ella lo había soñado.

¡Si a ella le viviera una madre, como aquella viejecita de la estación de Atocha! Pero su vida era un sendero de tortura, y gracias a su vocación al estudio, podía mantenerse con independencia y dentro de las normas honradas que viera en su hogar, desde niña. No quería recordar lo que pasó en su primera escuela del Romerillo, ni después en Sierracerrada... Sólo su temple de heroína la libró de aquellos señoritos zafios y analfabetos, que constantemente la asediaban... ¿En Lomaflorida, se repetiría lo pasado? No era bastante aflicción ya, ser agraciada y sola y tener que ganar

el sustento enseñando la cartilla a las harrapiezas. En el lugar, como en los anteriores, se ganó, a los pocos días de llegar, la consideración y el respeto de todos ¡Qué buena es la maestra y qué... guapa!

En el casinuco metía más ruido ya el nombre de la maestra, que las fichas del dominó. Los tenorios localistas pugnaban por flirtear a la deliciosa educadora de niñas. Ana María presagió la tormenta, a pesar de los ánimos que la infundía en su atribulada alma la bondadosa dueña de la casa donde se

hospedaba, baluarte infranqueable contra el deshonor y la infamia. Llegó a quererla como hija. Mas cierta tarde, sobre la mesa de su escuela, lugar no respetado por el galanteador, encontró una carta, de letra de hombre.

Terminó su misión de enseñar a aquel enjambre de pitusas, racimo de risas y de encanto, y, sin abrirla, se retiró como de ordinario a su casa.

Supo, durante la cena, disimular su aflicción, y dijo así a la buena señora:

—Mañana, domingo, aprovecharé el día festivo para realizar alguna excursión... Dicen que Gibraltar es muy lindo... Allí estubo en destierro mi abuelo con otros emigrados políticos de «la tertulia progresista»... Tomaré el vaporcito en Algeciras y

